

“Ondina”, las noches no se hicieron para dormir

“Porque de sorpresa en sorpresa, Carmen nos regala una verdad fundamental; que las noches no se hicieron para dormir”, dice esta presentación del último libro de Carmen Naranjo, escrita por Graciela Moreno, también literata y administradora del Teatro Nacional.

Creo que debo iniciar mi presentación del libro de Carmen Naranjo, “Ondina”, reconociendo que sólo su cariño y su bondad pudieron escogermé, teniendo tan pocas cualidades para hacerlo.

Pero tal vez hay algo que puede justificarme, y es que la amistad que nos une ha tejido una trama de afinidades tan profunda, que a veces me pregunto si el proyecto que defendemos con pasión, o el pensamiento que me atormenta, o el deseo de que cada minuto sea más largo para hacer las cosas que por desilusión o por fatiga otros están dejando de hacer, son sentimientos o deseos míos o de ella.

Pero de lo que sí estoy segura, es de que nadie más que Carmen Naranjo, en este particular momento de su vida, pudo escribir “Ondina”. Volviendo a leer sus libros anteriores, puedo darme cuenta del porqué este libro provocó en mí una gama de sensaciones tan especiales. En sus novelas, poesía, ensayo y en otros libros de cuentos, el criterio y el juicio de los entendidos —y cuidado que este es un país que acostumbra escamotear los juicios, buenos o malos, porque los juicios comprometen— se han unificado para caracterizar sus obras, por un estilo definido,



Carmen Naranjo: autora de “Ondina”.

brillante, con un gran dominio del lenguaje y un mensaje profundo, muchas veces obsesivo y angustiante.

Pero en este libro, siento que por primera vez, le entrega al lector, el código secreto para salir del laberinto, esquivar al monstruo que lo guar-

da y disfrutar de las delicias del jardín prohibido. Creo que lo escribió un día que encontró a un conejo blanco, la invitaron a tomar el té con la Reina de Corazones Rojos, y viajó libremente, desenfadadamente a través del espejo.

Creo que descubrió que las palabras que se combinan para contar sus cuentos, “la embriagaron de luz, mediante un sistema que al combinar sus formas le permitió encontrar y descubrir para nosotros, su mundo que se abre, para al jugar-jugando, enfrentarnos a muchas formas del ser mezuquino, glotón, cruel, vacío, que vive tan cerca y a veces dentro de uno mismo.

Carmen teje collares deslumbrantes de sensaciones, de emociones, con palabras que inventa para definir formas de ser, y lo hace con un humor tierno, con una sonrisa, o con una franca carcajada. En medio de tanto discurso vacío plagado de lugares comunes, de tanta sentencia dicha con una solemnidad que aterriza, ella armada del cuchillito de su humor, escarba y descubre muchas heridas secretas, muchas cobardías, que por estar tan a la vista, nos han acostumbrado a convivir con ellas.

Pero en este juego a veces cruel, a veces tierno, a veces caprichoso, no es un juego visto desde afuera. Ella es el centro, y sus agujas han tejido muchas de sus angustias, pero también inventan un universo nuevo, en el que reina, ordena y nos permite atisbar, haciéndonos cómplices del deslumbramiento que producen las pasiones escondidas, disimuladas como en un cuadro de Magritte.

Mirarse en este espejo cóncavo, produce la inquietud que se siente cuando se miran viejos retratos de familia y uno trata de identificar a ese niño vestido con traje de marinero y bucles con el tío elegante y de permanente mal humor, o descubrir al padre de chistera, saliendo del Club Unión con una sonrisa coqueta que nunca le descubrimos.

Porque de sorpresa en sorpresa, Carmen nos regala una verdad fundamental: “Que las noches no se hicieron para dormir”.